



TRES FORTUNAS.

(Conclusion.)

No vacilé un instante, y el oro se hizo mio.

Pero un pesar se albergó desde entónces en mi alma para no separarse de ella jamás.

Ni respiré con satisfaccion por verme libre de las fatigas que me causara, porque ninguna sentí, ni hallé en mis riquezas la felicidad soñada.

En cambio, padre mio, al meter la mano en el lodo de donde saqué mis cuantiosos bienes, ésta se me quedó negra sin que haya conseguido limpiarla. Esto, padre mio, me desconsuela y me llena de pena.

¡Quiera Alá que mi mano recobre su primitivo color y entónces mi vida será una continua delicia!

La mano del mayor de los hijos

del anciano estaba negra como el carbon.

III.

—Yo, padre mio, á diferencia de mi hermano,—dijo el mediano de ellos,—he recorrido y trabajado mucho ántes de encontrar la fortuna que poseo. Ni la vigilia ni las privaciones me perdonaron, ni la ocupacion ni el sufrimiento me hicieron retroceder.

Contaros mis dolores y angustias fuera obra pesada y que os entristeciera, padre mio, y por eso no me ocupo de ello.

Básteos saber que, aunque no tan poderoso como mi hermano, tengo lo suficiente para alimentar vuestra ancianidad y para dedicarme á dar

á Alá las gracias por los inmensos beneficios que me ha otorgado.

Mi conciencia está limpia y tranquila, y mi vida será á vuestro lado, padre mio, un paraíso de ventura.

IV.

—Yo, padre de mi alma, —dijo el menor besándole la mano, —apénas de vuestro lado me separé, entré á servir á un sabio médico, quien en recompensa de mis trabajos me comunicó parte de sus conocimientos: con ellos despues me labré una mediana fortuna; pero al regresar á vuestro lado, me encontré, padre mio, tanta desgracia, que toda ella se ha quedado entre las manos de los infelices que á mi paso hallaba. Para mi padre y para mí, —me dije, —me basta mi saber, que mientras viva no me abandonará, y con él ante vos me presento para cumplir lo que os digneis mandarme...

V.

Cuando del santón se despidieron sus huéspedes, dijo el solitario habitante de la mezquita al anciano:

—No olvides, hermano, mis consejos.

Goza sin reparo de la fortuna de tus dos menores hijos y nada tomes de la del mayor.

Cuando pasen dos lunas ven á

hacerme una visita, y entónces te diré cuál de las tres es la mejor fortuna.

VI.

Cumplido el plazo, llamó el anciano á la puerta de la solitaria mezquita.

Cuando se halló ante el venerable santón, le dijo:

—¡La vida de mi hijo mayor no puede ser más desgraciada! El pueblo le desprecia y nadie quiere tratar con él. Todos le llaman el de la mano negra.

—Es, —dijo el santón, —porque los medios de que se ha valido para adquirir su riqueza han sido infames, aunque sencillos.

Al sacarla del fango, con él se manchó: y ¡ay! aquella mancha jamás se borraría... ¡Al buscar su suerte, halló su desgracia!

—El mediano, —continuó el anciano, —á poco de llegar á su patria fué robado, y de sus riquezas sólo quedan los recuerdos.

—A eso, —dijo el santón, —están expuestos los que cifran su dicha en los bienes materiales. Sin embargo, es más feliz que su hermano mayor; las gentes le apreciarán y el trabajo le ayudará á vivir... ¿Y el pequeño?

—¡Oh! el pequeño, —exclamó el anciano, —su saber le ha dado un nombre y una posición envidiables;

de todos lados le solicitan, sus conocimientos son pródigamente recompensados y su felicidad es completa.

—Díme, hermano,—dijo el santón,—¿me preguntarás ya cuál es la mejor fortuna?...

PEDRO GROIZARD.

LA CARIDAD.

I.

Está espirando la tarde
En los brazos de la noche:
Por el valle se perciben
Ayes y rancos rumores,
Y vagas sombras circulan,
Y suenan siniestras voces,
Y sólo muertos se encuentran
En la llanura y el monte.
El humo que se levanta
En diversas direcciones
Es el rastro del incendio
De las mieses y las trojes.
Allí un soldado sucumbe
Sin amparo de los hombres;
Allá en la humilde cabaña
Un viejo, de aspecto noble,
Postrado en lecho de esparto
Grita y llora... y nadie le oye;
Un desventurado niño
Huye sin saber á dónde,
Y una pobre madre llama
Al hijo de sus amores.
Oscuro está por do quiera
El confin del horizonte,
Y en cuanto abarca la vista
Todo es sangre, todo horrores...
.....Que allí se hospedó la guerra,
El peor de los azotes,
Y de la aldea y el valle
No quedará ni aun el nombre.

II.

Muere la noche sombría
Deslumbrada por la aurora;

El valle aquel devastado;
Las casas, blancas palomas,
Que perecieron al choque
De las sanguinarias hordas,
Han renacido; al reflejo
De sol, que las cumbres dora,
Se ven mancebos robustos
Y muchachas bulliciosas,
Unos hacinando espigas
Con ayuda de las otras.
Cae el agua de los toscos
Canjilones de la noria,
Y el humo que ahora se eleva
En mil pintorescas formas,
No nace ya del incendio,
Sino que compacto brota
De las blancas chimeneas
De las campesinas chozas.
El soldado aquel herido,
Y la madre que le adora,
Y aquel niño sin amparo
Junto al anciano se postran,
Y á Dios dirigen los ojos,
Y le bendicen y lloran...
.....Que allí acudió, como siempre,
La caridad bienhechora,
La que socorre al herido
Y al enemigo perdona,
La que alivia la miseria,
La que padeciendo goza,
La que es modesta y oscura,
Y próspera y cariñosa:
¡La caridad! ¡flor preciada
Trasplantada de la gloria,
Como ejemplo de la inmensa
Divina misericordia!

RICARDO SEPÚLVEDA.



EL TORDO.

La familia de los tordos tiene mucha analogía con la de los mirlos. Cuatro son las especies que en nuestro clima se conocen: el tordo mayor, el comun, el zorzal y el malvir. Más que canto tienen un murmullo, que, cuando lo componen gran número, es poco ó nada agradable. Su plumaje es de colores y lo mudan de una á otra estacion; todos tienen la primera falange del dedo externo unida á la del dedo medio, los bordes del pico escotados hácia la punta y no se mantienen con semillas. Su carne es apetitosa, en particular la del tordo propiamente dicho y la del zorzal.

De las observaciones hechas en diferentes países, los tordos pasan por Europa hácia el principio de otoño, viniendo de los países setentrionales, á donde vuelven al acercar el invierno. La desigualdad de su vuelo, oblicuo y tortuoso, hace casi im-

sible su caza aún á los tiradores más diestros. Su caza se verifica con lazos. Por lo general, el tordo propiamente dicho se mantiene de uvas é insectos, y anidan en los troncos de los árboles. Su vista es penetrante, pero no es astuto, y así es que acierta pocas veces á librarse de los riesgos.

El tordo muestra una predilección especial por el olivo: no daña al árbol; pero cosecha su fruto en proporciones alarmantes. «Es curioso—dice el agrónomo señor Alvistur—ver á una bandada de tordos hacer su recolección de aceitunas, en cuyo trabajo no se sabe qué admirar más, si la prontitud ó la delicadeza con que lo efectúan. Cada individuo recoge tres aceitunas, que aprisiona en su pico y patas. De manera que observando el número de viajes que hacen y el de tordos que componen la bandada, puede fácilmente calcularse el de aceitunas sustraídas á un olivar.»

EXPOSICION DE ANIMALES Y PLANTAS.

El certámen que actualmente celebra en el Parterre del Retiro la Sociedad Madrileña Protectora de los Animales y las Plantas es, sin duda alguna, el mejor de cuantos de esta clase hánse verificado en España.

El local donde tiene lugar este brillante concurso es uno de los más deliciosos que hay en Madrid.

El sitio de honor de la Exposición está en el Parterre, propiamente dicho, pues en él encuéntrase sólo el tablado destinado á la música.

Las instalaciones, ya de animales, ya de plantas, ya por fin de máquinas y medios protectores, hállanse situadas en las calles y plazas de la parte alta del mismo Parterre.

Dos paseos principales hay en el local de la Exposición, en uno de los cuales, el de la derecha, están los magníficos *carabaos*, procedentes de Filipinas; vacas y venados que presenta el marqués de Campo; los gusanos de seda *bombix mori*, que expone el Sr. Celda, en cuya instalación puédesse estudiar de un modo completo desde la manera de incubar hasta el tejido de la seda; los perros de diferentes razas; las obras pertenecientes al ramo de guarnicionero que expone el señor

Merjelina; los muebles para jardín del Sr. Nardin, y por último, las soberbias colecciones de toda clase de plantas del *Jardin de Flora* (Leganes), perteneciente al Sr. Santana, entre las que se encuentra la de la *Solanum tuberosum* (patata), compuesta de doscientas variedades distintas.

En el gran paseo de la izquierda instálase el Sr. David Parsons, que presenta sus notables colecciones de útiles y máquinas para la agricultura, una bomba de gran potencia, la trilladora movida á vapor y un sistema nuevo de molino de viento de gran aplicacion en nuestro país. El complemento de esta instalacion le constituye una cascada de exquisito gusto y excelente ejecucion, debida al artista en rocas, M. Malaure.

Próximas á la instalacion del señor Parsons están las de la Direccion de la Guardia civil, que presenta aves de salon y de corral de verdadero mérito; la del *Jardin del Atanor*, del Sr. Tro y Moxó, con plantas herbáceas, arbustivas y arbóreas de mucho gusto y gran valor, y la del marqués de Roncali, en la cual hay notabilísimos ejemplares de gallinas de diferentes razas.

En la glorieta, en cuyo centro se levanta el Pabellon real, se ven

várias instalaciones pertenecientes á los señores siguientes: Gurich, que presenta aves de salon y de corral de mucho mérito; conde de Villanueva de Perales, que expone una gran coleccion de palomas; viuda de Olea, con sus magníficas variedades de begonias y coleus; Onís y Lecusan, con las no ménos notables de plantas resinosas, y la viuda de Vié, que da á conocer colecciones completas de semillas de todas clases.

En una de las dos glorietas próximas á la que nos acaba de ocupar, se instala el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, presentando muy notables ejemplares de plantas de estufa caliente. En la otra encuéntrase la preciosa jaula del marqués de Campo, en la que expone gallinas y palomas de raro mérito.

A los pocos pasos levántase el pabellon llamado de planos, en el que hay infinidad de objetos delicados, entre los cuales se ven flores artificiales perfectamente hechas, colecciones de insectos, planos, proyectos, modelos de medios protectores y publicaciones notables enviadas por las Sociedades Protectoras de París, Roma, Génova, Lisboa, Sevilla, Barcelona, Cádiz y Viena.

Muy cerca del pabellon de planos está el estanque chinesco, alrededor del cual hay pequeñas instalaciones del Excmo. Ayuntamien-

to, de la Direccion de Ingenieros militares y del Sr. Cheslet, en las que se exponen ejemplares muy notables de aves de corral y palomas mensajeras.

En el mismo estanque hay cisnes negros, pertenecientes á la Guardia civil y á los Sres. Gurich y Serra, así como *pelicanos* que presenta la corporacion municipal.

En la parte baja del estanque chinesco hállase el pabellon donde están las oficinas, y entre éste y el de la Sociedad, situado en la parte alta del frente del Parterre, se encuentran las instalaciones del Asilo de aprendices agrícolas de Aranjuez, con gusanos de seda de la morera y del roble *attacus peruyi*, y ejemplares de conejos muy notables, y la del Sr. Fita y Rovira, de Barcelona, que presenta objetos de cerámica de mucho gusto.

El pabellon de la Sociedad es el mismo de otros años, reformado, y en él hay cuadros, publicaciones y hojas de propaganda que se reparten con profusion entre el numeroso y distinguido público que diariamente lo visita.

Adosado á este pabellon se ve el tablado para las Conferencias, que por cierto han sido notables y muy concurridas. Los oradores que han tomado parte en ellas son los señores Prieto y Prieto, Martinez Aparicio, Salmeron y Fernandez Sanchez.

Ahora bien: por la reseña que

acabamos de hacer puede comprenderse que no exagerábamos al decir que el certámen de animales y plantas es el mejor de cuantos en España se han celebrado.

La Sociedad Madrileña Protectora de los Animales y las Plantas, y

muy especialmente su ilustrado y activo vicepresidente, Sr. Ruiz de Salazar, están, pues, de enhorabuena, y nosotros se la enviamos muy cordial y sincera.

LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

EL NIÑO FINO.

Crispin era hijo de un marqués, cosa que nada tiene de particular; pero os lo digo para que no dudeis que siendo su papá título y rico hiciera lo mucho que le permitía su buena posición, á fin de que el amigo Crispin fuese por su educación é instrucción esmeradas un modelo de niños.

Crispin tenía sus amiguitos, pertenecientes á familias modestas, que los había adquirido en el colegio, y con ellos solía irse algunas tardes á paseo, á jugar á los barquillos y hasta al toro.

En una de estas excursiones dispuso la mayoría de los amigos de Crispin dirigir sus pasos hácia el Jardín Botánico, pensamiento que fué aprobado por unanimidad, y en un instante se encontraron dando vueltas por tan delicioso y pintoresco recinto.

Después de haber corrido por todos los paseos del jardín, uno de los amiguitos propuso á los demás coger algunas flores bonitas, internándose para ello en una de las estufas y procurando no ser vistos de los guardas, á fin de no sufrir las justas consecuencias de su atrevimiento. Hicieronlo así, y cuando se hallaban más entusiasmados arrancando y cortando cuantas flores les gustaba, apareció uno de los guardas á la puertas de la estufa; todos

temblaron, y pronto decidieron emprender la fuga, después de arrojar al suelo el fruto de su mala acción. El guarda, conforme iban saliendo de la estufa, se contentó solamente con dar un *coscorron* á cada individuo, tal vez porque era la primera que cometían semejante falta. Todos sufrían el golpe, y continuaban su carrera sin volver el rostro; únicamente faltaba Crispin salir de la estufa, lo cual verificó sin manifestar temor alguno, y con paso lento, como si con el talante quisiera dar á entender que era el hijo de un magnate, y por lo tanto acreedor al mayor respeto; el guarda, no reparando en tal cosa, y si viendo en Crispin uno de tantos, le fué á propinar el merecido *coscorron*, esquivándolo Crispin rápidamente por medio de un salto, y diciendo al guarda las siguientes frases: «A mí no me pegue V., porque soy un *niño fino*.» Léjos de desistir el guarda de su propósito, le contestó á su modo y como se merecía, diciéndole: «Tú, que por tu educación y saber te distingues de entre los demás, has debido aconsejarles que no hicieran lo que han hecho; de modo que toma el *coscorron* que como todos tus camaradas te mereces, con más otro por ser un *niño fino* que no sabe cumplir con las obligaciones que le impone su *finura*.»

EDUARDO GUILLEN.



ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

Juanito y su hermana María son unos niños tan aplicados, que no pierden ocasion de leer cualquier impreso que cae en sus manos: Juanito ha tenido la suerte de ir á la escuela del pueblo, en la que ha hecho todos los adelantos posibles en su edad: María no ha podido hacer otro tanto; pero su hermano se ha encargado de enseñarla, durante las horas de siesta, las combinaciones que pueden hacerse con los signos del alfabeto.

La natural disposicion de la niña y la paciencia de su hermano han contribuido por iguales partes á lograr el fin propuesto, y ya hoy María lee casi de corrido, haciendo

innecesarias las quejas y reconvenciones del infantil profesor.

El trabajo de ambos niños no será perdido, pues despertándose en ellos el ansia de saber, tratarán de ir aumentando diariamente sus conocimientos: la religion y la moral les abrirán más tarde las páginas de sus libros; las artes y las industrias les convidarán con sus descubrimientos, las letras con sus bellezas y las ciencias con sus verdades.

¿Quién sabe el porvenir que estará reservado al niño aldeano que tan claras y evidentes pruebas da ya de su aplicacion, y que con tal alegría cumple los preceptos de enseñar al que no sabe?

ESPAÑOLES ILUSTRES.



SANTA TERESA DE JESUS.

Honor de Avila, su patria, y de la España entera, Teresa de Jesus, notable por su cuna, por su belleza y por su entendimiento, se hallaba predestinada á formar en el celeste coro de los Santos. Siendo aún muy niña, se cuenta que huyó del hogar paterno con un hermanito suyo, habiendo declarado que su intento era pasar á tierra de moros para sufrir el martirio; huérfana despues de madre, y temerosa de las asechanzas del mundo, tomó el hábito Carmelita en 1536, contando 21 años de edad; y al observar que la disciplina monástica no era lo rígida que ella comprendía debía ser, emprendió con ánimo esforzado la reforma de la Orden. Cuarenta y siete años vivió Teresa de Jesus

consagrada á la fundacion de nuevos conventos de la Orden descalza, debiéndosele catorce de hombres y diez y seis de mujeres, hasta el momento de su muerte, ocurrida en 4 de Octubre de 1582. Gregorio XV la canonizó en 1621.

Las obras literarias de Santa Teresa de Jesus encantan por la piedad y la energía de sus conceptos, por sus purísimos sentimientos, por la belleza de su magnífico y grandilocuente estilo, por la elevacion de sus pensamientos y la profundidad de sus máximas y el fin moral de todos sus propósitos. Sus *Cartas*, su *Vida* escrita por ella misma, su *Camino de perfeccion* y otros escritos de su pluma, aún sin la santidad de la autora, bastarian

para colocarla en elevadísimo lugar entre los escritores que honran á España.

Un poeta contemporáneo dice hablando de sus obras:

«¿Qué va en el papel escrito?
¿Qué magia tienen sus letras?»
Sonetos del cielo guarda,
Encantos del cielo muestra.
Son sus palabras más dulces
Que la labor de la abeja;
Mucho más enamoradas
Que las sentidas endechas
Con que la tórtola arrulla
Al pié del sauce sus penas;
Más blandas que el cefirillo
Que entre flores juguetea,
Besándolas con tal arte
Que no las mueve siquiera.
Son mucho más armoniosas

Que el gorjear en la selva
Jilgueros y ruiseñores,
Sombra gozando en la siesta;
Sus conceptos esplendentes
Más que el alba en primavera;
Sus pensamientos más altos
Que el vuelo del ave reina;
De fuego son sus palabras
Y los corazones queman.
Tanto su fé resplandece,
Que la trasmite y sustenta
Cual se trasmite el incendio
En mies apretada y seca.
Del corazon los arcanos
Tan bien conoce y enseña
Que todos dicen: «El mio
Fué adivinado por ella...»
Subyuga el entendimiento,
De las almas se apodera,
Y hasta su Dios las conduce
Con irresistible fuerza.
Esto hace el papel escrito;
Esta magia hay en sus letras.

EL CEPILLO.

Si hubiéramos de representar, ya pictórica, ya plásticamente, la figura iconológica ó alegórica de la civilización ó de la cultura, entre los atributos simbólicos con que la acompañaríamos, ninguno sería, á nuestro humildísimo juicio, más propio, más expresivo y más trascendental que el sencillo instrumento cuyo nombre llevan por título las presentes líneas.

El primer paso que da el hombre en el camino de la cultura y de la civilización es el que le lleva á procurarse uno de esos leves y manejables instrumentos, puesto que con él, no sólo va á pulir y dar brillo en lo natural á su exterior, sino que en lo moral va á servirle poderosamente para hacerle sociable, culto y civil, dulce en sus voces, en sus usos y en sus modales; en una palabra, el que le ha de limpiar y pulir también de sus costumbres rústicas y groseras.

El cepillo es, digámoslo así, la llave con que se hacen practicable las puertas por

donde ha de penetrar el hombre que, abandonando la natural rudeza, se dispone á formar parte de la familia verdaderamente humana, y que ha de colocarle en el camino por el cual, gradual é insensiblemente, ha de ir pasando de limpio á curioso, de fino á atento, de urbano á cortés, de civilizado á entendido, á instruido luégo y docto al fin.

Cepillarse no es, pues, otra cosa que pulirse, aderezarse, hacerse agradable, fino; volverse culto, elegante, adquirir buenos modales, maneras dignas y distinguidas, perder la rudeza, deponer la rusticidad, instruyéndose en el trato civil.

Privado del cepillo al que haya adquirido las cualidades de limpio, de aseado y pulcro, y no solamente habreis debilitado primero y destruido más tarde esas circunstancias tan apreciadas, tan en alto grado dignas de recomendación, sino que poco á poco le vereis decaer en sus condiciones morales, y el polvo que cubra y manche

su exterior tornarase en cieno que, borrando su cultura, le llevará del abandono al tedio, caerá en la humillacion, se irá resignando á vivir miserable y desastrosamente, sin el menor estímulo para proporcionarse con el trabajo vida más agradable y cómoda, cayendo al fin en la más grosera abyeccion.

Luis Veuillot, que como todos los políticos no ve más allá de sus narices, dice á guisa de inapelable sentencia que los pueblos varoniles, valientes y conquistadores han de ser pobres, rudos, sucios y groseros. Regalamos de buen grado al célebre político todos esos pueblos varoniles, sucios y groseros, porque hoy, por fortuna, opinamos de muy distinta manera, fundados en la experiencia que nos proporciona una civilizacion más completa, por la que nadie cree que la pulcritud y la elegancia afemenen á los hombres de tal manera, que los despojen por completo de virtud y fortaleza, ni que para conservarlas sea indispensablemente preciso vivir cual hordas de beduinos ó gitanos.

Y como sobran defensores hasta para las malas causas, así como no faltan enemigos ni aun á las más buenas, entre los detractores de la civilizacion y que más empeño muestran en pintarnos como envidiable la condicion de los bárbaros, hallamos al sabio naturalista Lamanon, el cual decia á La Pérouse, con quien había arribado á la isla Samoa: «Los indios valen mil veces más que nosotros;» pero como al día siguiente aquellos indios le asesinasen, La Pérouse escribió: «Los filósofos que ensalzan hasta las nubes á los salvajes me irritan más que los mismos salvajes.»

Léjos por fortuna, pero muy léjos, de esos indios de tanto valer y de aquellos conquistadores sucios y groseros, para quienes el cepillo ha de ser de seguro un *chisme* soberanamente inútil y ridículo, nosotros no podemos contentarnos, ni mucho ménos, con uno sólo de esos indispensables é inapreciables instrumentos, porque nuestras costumbres y nuestras necesidades, hijas de una cultura innegable, nos exige un número infinitamente mayor. Necesitamos cepillo para la cabeza, para los dientes, para las uñas, para los peines, para el sombrero, para las ro-

pas, para el calzado, para las joyas, para las mesas, para los carruajes, para los suelos; cepillos mil y mil para las ciencias, para las artes, para la industria, para el comercio, para la milicia, para la marina; sus clases y formas son, por lo tanto, infinitas, como infinitos son tambien los usos á que está destinado; y esta inmensa importancia que no puede ménos de reconocerse al cepillo entre nosotros, nos llevaria de muy buen grado hasta variar y adicionar aquel antiguo refran castellano que dice: «Dime con quién andas,» etc., del siguiente modo:

Dime con quién andas
y los cepillos que tienes,
y yo te diré quién eres.

Con cuya reforma quedaria, á nuestro entender, completo el pensamiento primordial, puesto que con tales datos podriamos conocer y juzgar de una persona muy acertada, cabal y cumplidamente.

El uso del cepillo, que no está, como sabéis, circunscrito á la limpieza de los trajes, ni á la de los distintos objetos necesarios al hombre, empléase además para el aseo de uno de los animales que le presta más utilidad y mayores servicios, así en la paz como en la guerra, como es el caballo; el cual parece que, agradecido á los beneficios que le proporciona un favor que forma sin duda parte de su vida, de su conservacion, de su belleza y hermosura, facilita sus cerdas para la construccion del instrumento que tan grandemente contribuye al aumento de sus gracias, de su brillo y galanura.

Aun cuando el origen del cepillo (*scapula*, *muscarium* de los latinos) se esconde á nuestras investigaciones, sospechamos con algun fundamento que en su principio no debió ser otra cosa que un manojillo de raíces de esparto ó de cerda, en forma de escobilla ó de brocha, que dada su pristina antigüedad, y á falta de las perfecciones que posteriormente ha logrado, prestaria inapreciables ventajas. Las necesidades y los adelantos de la industria han dado al cepillo clases y formas tan variadas y elegantes, que hoy los tenemos que son verdaderos objetos de lujo y hasta de arte, sin que por eso carezcamos, como es con-

siguiente, de otras innumerables clases cuyas condiciones económicas los ponen al alcance de todo el mundo.

No le olvideis jamás, tiernos lectores; pensad en las inmensas ventajas que moral y materialmente nos proporciona, como queda indicado; que él es un medio por el cual no sólo podemos conservar la utilidad y belleza de nuestra dentadura, sino, lo que es más, librarla también de no pocas y penosísimas enfermedades que, á la vez que la destruyen, dan á la boca un aspecto antiestético y un olor siempre infecto que acusa en el paciente un abandono y un descuido vituperables. Por él nos es dado alcanzar una duración, y con ella una economía, en nuestros trajes, en nuestro calzado y en los mil y mil objetos que nos son útiles y provechosos, lo que sin él nos sería difícil; proporcionándonos á la vez y á muy poca costa el presentarnos á la vista de nuestros semejantes de la manera que exigen una buena educación y las consideraciones que mutuamente nos debemos.

Tened presente siempre la mala impresión que sentimos cuando se nos acercan personas que, dados su abandono, su descuido y su falta de aseo, solamente por la caridad se nos hacen tolerables; y que, por el contrario, cuando lo verifican otras que, por más humildes y más pobres que ellas

sean, cuidan de no hacerse repugnantes á nuestra vista con la carencia de aliño; inspiran un interés que nunca despiertan la desidia y la pereza.

Recordad también que á la pureza de nuestra alma debe corresponder siempre la limpieza de nuestro cuerpo; que para lograr la purificación de las almas, hasta de sus manchas más leves, por más que nuestra madre la Iglesia tiene en sus templos santos *cepillos* destinados á recoger las limosnas que consagra á los sufragios de los que en el Purgatorio satisfacen su deuda, sólo puede conseguirse por la divina gracia ó por el bautismo de fuego; que más sencilla é infinitamente más fácil la limpieza del cuerpo, para realizarla en parte nos ha dado la naturaleza agua en tan extraordinaria abundancia, que ella sola ocupa, como no ignorais, las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo; y, por último, que la industria del hombre, siempre activa, siempre productora, suministra superabundantemente otro de los medios para completar la limpieza exterior, y este medio es el preciado instrumento que, á pesar de sus múltiples, variadas é infinitas clases y formas, conserva siempre como único y genérico nombre el de *cepillo*.

RAMON CORTÉS.

EL LAZARILLO DEL CIEGO.

El viejo perdió la vista,
Y todos del viejo huyeron;
No tuvo ya en el trabajo
La base de su sustento,
Y con vacilante paso
Recorre el mundo pidiendo
Una bendita limosna
Que haga menores sus duelos.

Todos dejan al mendigo;
Pero aún tiene un compañero
Que de los riesgos le aparta,
Que guía su paso trémulo,
Que pide con él limosna,
Que da calor á su cuerpo ..
El perro que le conduce,
El lazarillo del ciego.

M. OSSORIO Y BERNARD.





GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XXVI.

Un caso problemático.

I.

Vedle serio si otros rien;
 Vedle grave cuando lloran;
 Impávido si es que tiemblan;
 Y tétrico cuando gozan;
 Jamás se afecta en los duelos,
 Ni regocija en las bodas.
 Es su vida tan igual,
 Por decirlo así, tan tonta,
 Que ni siente ni padece,
 No hay en él pena ni gloria;
 En medio de todo el mundo
 Es su sociedad muy corta,
 Y deben ser para él
 Interminables las horas.
 La alegría de los otros
 Él la traduce por mofa;
 La conversacion ajena
 Murmuracion se le antoja.
 Ni el canto del ruiseñor
 Del nuevo día en la aurora,
 Ni los trinos de las aves
 Que cantando se enamoran,
 Ni el susurro de los árboles
 Al agitarse las hojas,
 Ni los suspiros del viento,
 Ni el bullicio de las olas,
 Ni el estruendo del cañon,

Ni las campanas que doblan,
 Ni el estampido del trueno
 Conmueven su alma de roca.
 Las delicias de la música
 No le alteran ni trastornan:
 Que tal *dica* va á cantar,
 Que en la tribuna española
 A hablar van nuestros Demóstenes,
 Maldito lo que le importa.
 En fin, perder el oido
 Es la desdicha más honda
 Que el hombre puede sentir
 Por los goces que le roba.
 Y si es mujer, y bonita,
 Pierde su belleza toda
 Con el gusto de no oirla
 Ponderar á todas horas.
 Es el sordo un desgraciado
 Que vive consigo á solas
 En un destierro perpetuo;
 Sentencia tan espantosa,
 Que si me obligan á optar
 Por la sordera ó la horca,
 La última preferiria
 Aunque ciñese corona.

II.

—¡Alto ahí!—grita la voz
 De un vejete muy compuesto,—
 Que despacio y de puntillas
 Se ha colado en mi aposento,
 Mientras que yo distraido

Leia en alto estos versos.
 —¿Tambien usted es sordo, amigo?—
 Dijo burlándose el viejo,—
 Pues de bien poco le sirve,
 Y voy á darle un consejo:
 Ya que veo ha quebrantado
 Aquel propósito fiero
 Que hizo usted de no escribir
 Ni un mal romance de ciegos,
 No los escriba de sordos,
 Que es pecado más horrendo.
 Yo de oído estoy privado
 Y casi de ello me alegro,
 Pues puedo, amigo, decirle
 Que si no escucho en efecto
 Ni los cantos de los pájaros,
 Ni el estampido del trueno,
 Ni las voces elocuentes
 Que honran nuestro Parlamento,
 Ni los chistes y agudezas
 De ese social discreto,
 Ni á la Patti ni á Gayarre,
 Ni á la orquesta en los conciertos;
 En cambio, dejo de oír
 Las palabras de los necios,
 El rebuznar de los burros,
 Ese *cri cri* sempiterno
 De los insufribles grillos,
 El zumbir de los insectos,
 El rabiarse de los muchachos
 Y el murmurar de los viejos;
 Los pitos por San Isidro,
 Y al venir el año nuevo
 Los tambores y arrabeles
 Que aturden el universo.
 Cuando estallan los petardos,
 Cuando machaca el herrero,
 Cuando perjura y blasfema
 El airado carretero,
 Cuando un pícaro aprendiz
 Rasca cualquier instrumento,
 Cuando un cantante da un gallo,
 Cuando declama un zopenco,
 Cuando empieza con el día

Ese bullicio tremendo
 Que arman veinte mil personas,
 Ya periódicos vendiendo,
 Ya ¡la fresa de Aranjuez!
 Ya ¡la pieza á real y medio!
 Ya requeson, ya castañas,
 Ya naranjas y ya ¡ruedos!
 En fin, ese sin cesar
 De coches que va corriendo,
 Y convierten á Madrid
 En manicomio modelo,
 En mansion insoportable
 Y en *mare-magnum* inmenso.
 ¿Cuánto mejor es no oír
 Ese ruido sempiterno?
 Si uno es ministro ¡ahí es nada!
 Ser sordo no tiene precio:
 No escucha á los pretendientes,
 Ni oye los finos dicterios
 De la prensa que milita
 En los partidos opuestos,
 Ni oye demandar justicia,
 Ni los clamores del pueblo.
 Créame, y óigalo bien,
 Que lo dice un sordo experto:
 Es el peor de los sordos
 Aquel que aparenta serlo,
 O el que sólo lo es á medias.
 Por lo demas, es lo cierto
 Que el hombre que nada oye,
 O la mujer, que es lo mismo,
 Muchos disgustos se ahorra.
 Este es hoy mi gran consuelo,
 Desde que, por mi fortuna,
 Quedé más sordo que un cesto.

—
 Se marchó por donde vino
 Aquel señor, y yo quedo,
 En vista de sus razones,
 Mústio, callado y perplejo;
 Dejando al lector amable
 Que sentencie en ese pleito.

A. M. LLORET.



BIBLIOGRAFIA.

Cuentos para niños, por Pedro Groizard, precedidos de dos palabras por M. Ossorio y Bernard.—Madrid, 1884: Imp. de Moreno y Rojas (4).

Para los habituales lectores de LA NIÑEZ, el nombre de Pedro Groizard es tan conocido, que hace innecesaria toda recomendación. Coleccionados en un precioso tomo, ilustrado con viñetas, muchos de los cuentos escritos expresamente para los niños, deberes amistosos me han obligado á escribir al frente del mismo los siguientes párrafos:

«No hay público ménos exigente que el infantil en cuanto se refiere á las galas del estilo; pero ninguno hay tampoco que lo sea más respecto al interés que reclama en todo escrito que á él se consagre. Esta dificultad, que es ya importante para el escritor que dedica sus tareas á la niñez, aumentase sobremanera considerando que las familias de los tiernos lectores reclaman á la vez, y con razón evidente, que la más alta moralidad resplandezca en los libros destinados á la infancia y llamados á cultivar la inteligencia de los niños y hacer que en sus corazones arraigue la semilla del bien.

De aquí que el publicista que para ellos escriba deba responder en sus obras á tres exigencias:

La de la crítica, que le reclama bondad literaria.

La de los padres, que le piden moralidad é instrucción.

La de los niños, que le exigen interés y encanto narrativo.

En vano será que el escritor llene sobradamente una de las citadas condiciones si las otras le faltan: su libro, áun siendo excelente, no tendrá el éxito apetecido. Por eso es tan raro encontrar obras infantiles que puedan recomendarse incondicionalmente; por eso también, al encontrar una como la que sigue á estas líneas,

la inútil misión del prologuista llega á ser apetecible y grata.

Pedro Groizard y Saenz de Tejada tiene derecho á reclamar de mi cariño, ya que no de la autoridad de que carezco, unas líneas de presentación, y yo cumplo un deber muy satisfactorio al escribirlas. Le he conocido en esa época de la vida en que el adolescente, falto de firmeza y sobrado de pasión, se encuentra combatido en sus gustos literarios por las más opuestas tendencias; le he visto entregado á la imitación de modelos poco recomendables lo mismo en el fondo que en el estilo; rindiendo culto á la moda literaria, no siempre acertada en sus derroteros; he leído los primeros y bien tempranos frutos de su ingenio, y he podido comprender que sus notables facultades corrían riesgo de perderse entre dudas y vacilaciones, entusiasmos y arrepentimientos. El periodiquito infantil que dirijo le dió ocasión de cultivar un género en el que probablemente no habría pensado nunca, y en el que de seguro le aguardan mayores triunfos que los que pudo soñar con los que habían fijado su atención y motivado su entusiasmo: el cuento, que tantas enseñanzas puede contener y tantas bellezas revelar, ora nazca de la humilde tradición, ora se inspire en los tiernos afectos que son base de la felicidad humana, ora con más altos vuelos lleve, en forma acaso trivial, profundas verdades de la filosofía y de la moral á la inteligencia de los lectores.

El libro que hoy ofrece Groizard al público, sin ser perfecto, constituye una esperanza para la literatura en la persona del autor. Al presentarle yo á los lectores, queda satisfecho mi compromiso y realizada mi misión. El sabrá abrirse camino en adelante, concediendo á la reflexión y al estudio lo que estos elementos imperiosamente reclaman, si no han de perderse los frutos del más privilegiado ingenio.»

Hé aquí el índice de los trabajos que encierra el bello libro de Groizard:

Dos palabras.—Diálogo entre dos gotas de agua.—La princesita Nora.—El arca de

(4) El precio de este tomo es una peseta. Los pedidos pueden hacerse, acompañando el importe, á la Administración de LA NIÑEZ.

Noé.—El leviton verde.—Conjuración escolar.—Los sueños de la castañera.—Grandezas efímeras.—Los holgazanes y el doctor.—El cura de Encinillas.—La fortuna.—El acuson.—Los dos caminantes.—Juego

descubierto.—Lo que dice el trueno.—Arrepentimiento.—El malvado inocente.—El cantarito ambicioso.—Una botona dura.

M. OSSORIO Y BERNARD.

ACTUALIDADES.

A contar desde el tomo de LA NIÑEZ que comenzará en Julio próximo, daremos cabida en sus páginas á varios interesantes trabajos didácticos, entre ellos algunas muestras de la obra de dibujo recientemente publicada por el ilustrado catedrático D. Manuel A. Capo, y empezaremos la publicación de un libro acerca de los pintores españoles, escrito por el director de LA NIÑEZ, y profusamente ilustrado con muchas y bellas láminas. También continuaremos publicando numerosos juegos de imaginación.

En la calle de Trafalgar (Chamberí) se ha abierto al culto un nuevo templo católico bajo la advocación del Santísimo Cristo de la Fé y costeado por la señora doña J. Rodríguez. El coste del nuevo santuario ha excedido de 3.000 duros.

En el barrio de la Salud se han inaugurado las obras para un templo consagrado á la Virgen del Pilar.

El periódico *La Epoca* aboga por que se refundan en un solo establecimiento el Asilo de la Asuncion, que tantos beneficios presta á los niños huérfanos de Madrid, y la Sociedad Protectora de los Niños, que con el mayor celo y eficacia se consagra á remediar males análogos.

«La cuestión de recoger los niños abandonados, dice el colega, es una de las más importantes: merecen la gratitud nacional los primeros que concibieron este cristiano pensamiento; pero concediéndolos el lauro que les corresponde, entendemos que el número de los que necesitan protección es demasiado crecido para que con los esfuerzos aislados se pueda hacer todo lo necesario.

»En pos del Asilo de la Asuncion vino la Sociedad Protectora de los Niños; es preciso que ésta se agrande, que tenga ramificaciones en las provincias, que allegue recursos por todos los medios, porque así el ejército del vicio y de la inmoralidad quedará considerablemente disminuido. No extinguiremos el mal, pero le aislaremos.»



Ahí va Joaquinito Rodajas, saliendo de la sala de exámenes.
Él no sabe una palabra; pero como es hijo del regidor.....